

Sínodo 2024
“Cómo ser una Iglesia sinodal misionera”
Meditaciones de Timothy Radcliffe
(paráfrasis de la 1^a y 2^a meditación)

Meditación n.^o 1
Resurrección: búsqueda en la oscuridad
Juan 20,1-18

El año pasado durante el retiro meditamos sobre cómo escucharnos mutuamente. ¿Cómo podemos afrontar nuestras diferencias con esperanza, abriendo nuestros corazones y mentes los unos a los otros? Algunas barreras se han derrumbado y espero que hayamos comenzado a ver a quienes no están de acuerdo con nosotros no como oponentes, sino como compañeros discípulos, compañeros en la búsqueda.

Este año tenemos un nuevo enfoque: “Cómo ser una Iglesia sinodal misionera”. Pero el fundamento de todo lo que haremos sigue siendo el mismo: una escucha paciente, imaginativa, inteligente, con el corazón abierto.

Este año reflexionaremos sobre la “única misión de anunciar al Señor resucitado y su Evangelio” (IL, “Introducción”) a un mundo que “habita en tinieblas y sombra de muerte” (Lc 1,79). Para guiar nuestras meditaciones, tomaremos cuatro escenas de la resurrección del Evangelio de San Juan: “La búsqueda en la oscuridad”, “La habitación cerrada”, “El extraño en la playa” y “El desayuno con el Señor”. Cada una de ellas ilumina cómo ser una Iglesia sinodal misionera en nuestro mundo crucificado.

Una búsqueda en la oscuridad, llena de preguntas

Nuestra primera escena comienza de noche: «El primer día de la semana, temprano, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro» (20,1). Ahí es donde estamos nosotros también hoy. Nuestro mundo está aún más oscurecido por la violencia en comparación con un año atrás. Ella viene a buscar el cuerpo de su amado Maestro. Nosotros también estamos reunidos en este Sínodo para buscar al Señor. En Occidente, Dios parece haber desaparecido en gran parte. No nos enfrentamos tanto al ateísmo como a una indiferencia generalizada. El escepticismo también envenena el corazón de muchos creyentes. Pero todos los cristianos, en todas partes, son buscadores del Señor, como María Magdalena antes del amanecer.

Nosotros también podemos sentirnos incluso en la oscuridad. Desde la última Asamblea, muchas personas, incluidos los participantes de este Sínodo, han expresado sus dudas sobre la posibilidad de lograr algo. Como María Magdalena, algunos dicen: “¿Por qué nos han quitado la esperanza?” Esperábamos tanto del Sínodo, pero quizás haya solo más palabras». Pero a pesar de que está oscuro, el Señor ya está presente en el jardín con María de Magdala y con nosotros.

En el jardín encontramos a tres buscadores, María Magdalena, el discípulo amado y Simón Pedro. Cada uno busca al Señor a su manera; cada uno tiene su propia forma de amar y cada uno su propio vacío. Cada uno de estos buscadores tiene un papel en el amanecer de la esperanza. No hay rivalidad. Su dependencia mutua encarna el corazón de la sinodalidad. Todos podemos identificarnos con al menos uno de ellos. ¿Cuál eres?

Tomáš Halík ha sostenido que el futuro de la Iglesia depende de su capacidad para llegar a los buscadores de nuestra sociedad. Estos son a menudo los “nadie”. Me refiero a aquellos que afirman no tener ninguna pertenencia religiosa. Con demasiada frecuencia buscan el sentido de sus vidas. Halík escribe que los cristianos, por lo tanto, deben estar dispuestos a ser “buscadores con quienes buscan y interrogadores con quienes interrogan”.

Todos los relatos de la resurrección están llenos de preguntas. Dos veces le preguntan a María Magdalena por qué llora. Ella pregunta dónde han puesto el cuerpo. Todos se preguntan por qué la tumba está vacía. En el relato de Marcos, las mujeres se preguntan: «¿Quién nos moverá la piedra?» (16,3). El relato de Lucas sobre la resurrección está lleno de preguntas: «¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?». Jesús pregunta a los discípulos que huyen hacia Emaús: «¿De qué hablan?» Luego todos los discípulos: «¿Por qué tienen miedo? ¿Por qué surgen dudas en sus corazones?» (24,38). La Resurrección irrumpió en nuestra vida no como una simple constatación de hechos, sino como preguntas penetrantes.

Las preguntas profundas no buscan información. Nos invitan a estar vivos de una manera nueva y a hablar un nuevo idioma. El poeta Rainer Maria Rilke escribía: “No busques las respuestas que no podrían ser dadas ahora, porque no serías capaz de vivirlas”. Y el punto es vivirlo todo. Vive las preguntas ahora. Tal vez entonces, un día lejano en el futuro, gradualmente, sin siquiera darte cuenta, puedas encontrar la respuesta”.

La Resurrección no es la vida de Jesús que comienza de nuevo tras una breve interrupción, sino una nueva forma de estar vivos en la que la muerte ha sido vencida. Y así irrumpió a través de los Evangelios en nuestra vida, al principio como preguntas urgentes que no nos permiten seguir viviendo de la misma manera. Así llegamos a este Sínodo con muchas preguntas, por ejemplo, sobre el papel de las mujeres en la Iglesia. Estas son preguntas importantes. Pero no se pueden ver simplemente como preguntas sobre si es posible o no conceder algo. Eso significaría seguir siendo el mismo tipo de Iglesia. Las preguntas que enfrentamos deberían ser más como las del Evangelio, que nos invitan a vivir juntos más profundamente la vida del Resucitado.

Por lo tanto, debemos atrevernos a traer a este Sínodo las preguntas más profundas de nuestro corazón, preguntas desconcertantes que nos inviten a una nueva vida. Como esos tres buscadores en el jardín, debemos responder a las preguntas de los demás si queremos encontrar una forma renovada de ser Iglesia. Si no tenemos preguntas, o si estas son superficiales, nuestra fe está muerta.

Si prestamos atención a las preguntas de los demás con respeto y sin miedo, encontraremos una nueva manera de vivir en el Espíritu. Somos María Magdalena, el discípulo amado y Simón Pedro, y solo juntos encontraremos al Señor que nos está esperando.

1. María Magdalena, atraída por un amor tierno: en busca de los cuerpos heridos

Echemos un vistazo a cada uno de los buscadores y veamos qué pueden enseñarnos sobre cómo llegar a los buscadores de nuestro tiempo. María Magdalena está atraída por un amor tierno. El cuerpo de Cristo está con los pies en la tierra, físico, carne y sangre. Desea cuidar el cuerpo de su amado Señor. Seguramente representa a todos aquellos cuyas vidas están guiadas por la compasión hacia los heridos del mundo. Madre Teresa, que buscó el cuerpo de su Señor en las calles de Calcuta. San Damián de Molokai, que entregó su vida a los enfermos de lepra en Hawái.

Piensen también en esos millones de personas que no conocen a Cristo y, sin embargo, están llenos de compasión por los que sufren. Como María Magdalena, buscan los cuerpos de los heridos. El mundo está lleno de llanto. Uno de los grupos de estudio convocados por el Santo Padre se titula “Escuchar el grito de los pobres”. Podría titularse “Escuchar el grito de los que lloran”. María Magdalena es su protectora.

Entonces María escucha su nombre: “¡María!”; “¡Rabuni!”. Es justo que quien tiene una vida guiada por el amor compasivo y tierno, tenga su vacío llenado con su nombre. Ella buscaba un cadáver, pero encontró más de lo que podría haber soñado, el amor que vive para siempre. Nuestro Dios siempre nos llama por nuestro nombre. «Pero ahora así dice el Señor, que te creó, oh Jacob, que te formó, oh Israel: “No temas, porque te he redimido; te he llamado por tu nombre, eres mío”» (Isaías 43:1).

Su nombre significa encuentro, presencia del Señor. Lo primero que ocurre en el bautismo es la

solicitud del nombre. "¿Cómo te llamas?" o "¿Qué nombre le das a tu hijo?" El nombre no es solo una etiqueta aplicada a los niños para distinguirlos entre sí. El nuestro es señal del hecho de que Dios nos guarda en nuestra unicidad.

Por tanto, nuestra misión es también nombrar al Dios que nos busca en la oscuridad. Y también atesorar el nombre y los rostros de los demás. Solo podremos mediar la presencia de Dios si estamos presentes los unos ante los otros en este Sínodo. Gregory Boyle SJ trabaja con jóvenes miembros de pandillas en Los Ángeles. El secreto de su ministerio es conocer sus nombres. No solo sus nombres oficiales o sus apodos, sino los nombres con los que los llaman sus madres cuando no están enfadadas. Cuando llama al joven Lula por su nombre, todo su cuerpo tiembla de alegría al sentirse conocido, al sentirse llamado, al escuchar su nombre pronunciado en voz alta. "Durante todo el camino por el paso de peatones, Lula siguió girándose para mirarme, sonriendo".

Este Sínodo será un momento de gracia si nos miramos con compasión y vemos a las personas que, como nosotros, están en búsqueda. No a los representantes de partidos de la Iglesia, ese horrible cardenal conservador, esa espantosa feminista. ¡Sino compañeros de búsqueda, heridos pero alegres!

Pero el tierno amor de María Magdalena necesita ser sanado. Jesús le ordena: "No me retengas". Los estudiosos han dado explicaciones absurdas al respecto, la más inverosímil es que las heridas de Jesús aún dolían. Está diciendo que no puede tener un dominio privado sobre él. Su presencia ante ella no le pertenece. Debe liberar su amor de cualquier exclusividad. Entonces estará lista para predicar la buena nueva a los discípulos: "He visto al Señor". Esta es también nuestra misión. No aferrarse a mi Jesús inglés o a mi Jesús dominico, sino al Señor en quien todos somos hermanos y hermanas. Este Sínodo será fructífero si aprendemos a decir "nosotros". "Mi Padre y el Padre de ustedes, mi Dios y el Dios de ustedes".

2. El discípulo amado: el amor que da vista

Luego está el discípulo a quien el Señor amaba. También él tiene su manera de amar y su vacío, la extinción de la luz de su vida. Deja entrar primero al viejo Pedro, resoplando y jadeando, en la tumba oscura, pero ve el espacio vacío entre los ángeles y cree. Este es el amor que da la vista. *Ubi amor, ibi oculus* (Ricardo de San Víctor). Donde hay amor hay visión. Ve con los ojos del amor y así ve la victoria del amor. Su evangelio es el del águila, cuyos ojos se creía que miraban directamente a la luz del sol sin quedar cegados. Su búsqueda es extremadamente teológica.

3. Simón Pedro: el pastor y la búsqueda de la misericordia

Luego está Simón Pedro. Su vacío es el más pesado de todos, el peso del fracaso. Ha negado a su amigo. Seguramente anhela esas palabras curativas que se pronunciarán finalmente en la playa. Por tanto, nuestra misión pastoral es también estar con todos aquellos que están agobiados por el fracaso y el pecado y compartir el perdón que hemos recibido, nuestro descubrimiento de la gracia extraordinaria de aquel que "salvó a un miserable como yo". "Una vez estuve perdido, pero ahora me encuentro; estuve ciego, pero ahora veo". Nuestra misión es nombrar a Aquel que es misericordioso, del cual también necesitamos, como Pedro.

Así, en esta primera escena de la Resurrección vemos cómo el Señor responde a tres formas de búsqueda que corresponden a tres vacíos de nuestra vida: el amor tierno que busca la presencia, la búsqueda del sentido y la luz y, finalmente, la búsqueda del perdón. Cada buscador necesita al otro. Sin María, esos buscadores no habrían llegado al sepulcro. Ella es quien declara que el Señor está presente. Sin el Discípulo Amado, no habrían comprendido el vacío del sepulcro como Resurrección; sin Pedro no habrían comprendido que la Resurrección es el triunfo de la misericordia.

Cada uno representa a un grupo que de alguna manera se sintió excluido en la última Asamblea. María Magdalena también nos recuerda cómo las mujeres suelen ser excluidas de las posiciones

formales de autoridad en la Iglesia. ¿Cómo encontrar el camino a seguir que la justicia y nuestra fe exigen? Su búsqueda es la nuestra. En la última Asamblea también muchos teólogos se sintieron marginados. Algunos se preguntaban por qué se habían molestado en venir. No podemos llegar a ninguna parte sin ellos. Y el grupo que más resistió el camino sinodal fueron los pastores, los párrocos que sobre todo comparten el papel de Pedro como pastores de misericordia. Incluso sin ellos la Iglesia no puede volverse verdaderamente sinodal.

Cuando casi todos se sienten excluidos, ¡no debería haber competencia por el victimismo! La búsqueda del Señor en la oscuridad necesita de todos estos testigos, como el Sínodo necesita de todos los caminos para amar y buscar al Señor, así como necesitamos a los buscadores de nuestro tiempo, aunque no comparten nuestra fe.

Cada uno de estos testigos está tocado por un amor que es infinito. María Magdalena está tocada por una ternura infinita; los Discípulos Amados son movidos por la búsqueda de un significado sin fin; Pedro, por la necesidad de misericordia que no tiene límites, perdonando no siete veces, sino setenta veces siete. Si nos abrimos al deseo infinito del otro, botaremos la barca de la misión. Solo juntos podremos, según las palabras de los Efesios, «tener el poder de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento, para que sean llenos de toda la plenitud de Dios» (3,18,19).

Meditación n.º 2

La habitación cerrada con llave

Juan 20, 19-29

El Señor nos llama a salir de nuestras habitaciones cerradas

Esta mañana vimos a los discípulos correr en la oscuridad, en busca del Señor. Ahora es de noche y estamos de nuevo en la oscuridad, y ellos están inmovilizados en la habitación cerrada con llave.

En la tumba de la habitación cerrada: ¡sal y vive!

Por la mañana estaba oscuro al principio porque aún no habían encontrado al Señor Resucitado. La tarde es oscura porque todavía no están llenos del Espíritu Santo, el soplo vivo del Señor Resucitado. Jesús ha salido de la tumba vacía. Ellos todavía están en la tumba de la habitación cerrada. El Génesis dice que en el principio «el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en sus narices aliento de vida; y el hombre se convirtió en un ser viviente» (2,7). Ahora Jesús les da el aliento de vida eterna: “Reciban el Espíritu Santo”. A quienes perdonen los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengan, les serán retenidos». Comparten su vida resucitada y por tanto están listos para ser enviados a predicar.

Nos convertiremos en predicadores de la resurrección solo si estamos vivos en Dios. Como Lázaro, escuchamos la voz del Señor que nos llama a salir de nuestras habitaciones cerradas: “Sal y vive”.

El primer deber del liderazgo es conducir al rebaño fuera de los pequeños apriscos hacia el aire fresco del Espíritu Santo. El liderazgo abre las puertas cerradas de las habitaciones sofocantes. Los discípulos están encarcelados por el miedo. Pensemos entonces en los miedos que pueden impedirnos estar vivos en Dios y, por lo tanto, predicar el evangelio de la vida en abundancia.

Nuestros miedos: el miedo a ser heridos

Todos conocemos el miedo a ser heridos. Algunos de nosotros venimos a esta Asamblea nerviosos porque no encontraremos reconocimiento ni aceptación. Nuestras preciosas esperanzas para la Iglesia podrían ser despreciadas. Podríamos sentirnos invisibles. ¿Nos atrevemos a hablar arriesgándonos al rechazo? ¿Nos atrevemos a correr el riesgo de ser heridos, porque el Señor Resucitado está herido? Les muestra las manos y el costado. Si amas, serás herido e incluso asesinado. Si no amas, ya estás muerto. Volverse vivos en Dios significa no temer a las heridas.

Nuestro convento en Jerusalén está situado cerca de la Puerta de Damasco. Este es un lugar tenso

donde la Ciudad Vieja se abre al barrio árabe. Un grupo de jóvenes judíos estaba allí, con los ojos vendados, ofreciendo “abrazos gratuitos” a cualquiera que quisiera uno. Amor gratuito frente al odio gratuito. Corrieron el riesgo de recibir una puñalada en lugar de un abrazo. Alan Paton era un novelista sudafricano que, valientemente, hizo campaña contra el apartheid. Uno de sus personajes dice: “Cuando llegue al cielo, lo cual ciertamente pretendo hacer, el Gran Juez me dirá ‘¿Dónde están tus heridas?’ Y si digo que no tengo ninguna, dirá ‘¿No había nada por lo cual luchar?’”.

¡La paz nos hace libres!

Podemos aceptar el riesgo de ser heridos porque el Señor nos ha dado su paz. La película **Des dieux et des hommes** cuenta la historia de los monjes trapenses que se negaron a huir de Argelia cuando estalló la violencia terrorista en los años 90. Frère Luc, el antiguo médico de la comunidad, dice: “No tengo miedo de la muerte, soy un hombre libre” (**Je ne crains pas la mort, je suis un homme libre**). Durante la Misa, el sacerdote besó el cáliz de la sangre derramada de Cristo antes de ofrecer el saludo de paz.

El primer acto creativo fue “Sea la luz”. La Nueva Creación comienza con “Sea la paz”. Mahatma Gandhi tenía una imagen de Jesús en su habitación con la cita de los Efesios: “Él es nuestra paz” (2,14). Jesús es el sábado de Dios. Somos bautizados en la paz de Cristo que nada puede destruir. No debemos temer a nada. La paz de Dios no significa que nos sintamos en paz. No es necesaria una sensación subjetiva de paz; si estamos en Cristo, podemos estar en paz incluso cuando no sentimos la paz.

Quizás para muchos de nosotros el desafío más profundo es estar en paz con nosotros mismos. ¿Nos atrevemos a mirar nuestros corazones atormentados y divididos, las partes de nosotros mismos que no nos gustan? La tentación es proyectar en los demás lo que tememos y no nos gusta de nosotros mismos. Cualquier parte de nosotros que nos neguemos a aceptar será nuestra enemiga. Nuestro feroz amor por la Iglesia también puede, paradójicamente, hacernos de mente cerrada: el temor de que sea dañada por reformas destructivas que socaven las tradiciones que amamos. O el temor de que la Iglesia no se convierta en la casa abierta que deseamos. Es profundamente triste ver que a menudo la Iglesia sea herida por quienes la aman, ¡pero de manera diferente! A veces olvidamos la amplitud del catolicismo, con su ambos/y. El amor perfecto expulsa el miedo. Expulsemos el miedo a aquellos cuyas visiones de la Iglesia son diferentes. Nuestro propio amor por la Iglesia, de maneras completamente diferentes, puede hacernos encerrarnos en un mundo estrecho, mirando nuestro ombligo eclesiástico, observando a los demás, listos para señalar sus desviaciones y denunciarlas. Por supuesto, hay cambios que algunos de nosotros deseamos, pero no dejemos que eso nos encierre en nuestro pequeño mundo eclesial.

Nuestra liberación de estas habitaciones no necesita solo valor, sino el perdón sanador de Dios. El Señor resucitado dice: “A quienes perdonen los pecados, les serán perdonados”. El pecado nos encierra en las prisiones del narcisismo y la partidocracia. Estamos llamados a aventurarnos en lo desconocido, a abandonar lo que es familiar y seguro y emprender un viaje o búsqueda. Y sin embargo, no nos gusta correr riesgos. Esta incapacidad de responder al llamado a la vida, esta incapacidad de tener fe, se llama pecado.

Démonos el aliento: abrir nuestras habitaciones sofocantes

Este Sínodo no es un lugar para negociar un cambio estructural, sino para elegir la vida. El Señor nos llama a salir de los lugares pequeños en los que nos hemos refugiado y en los que hemos aprisionado a los demás.

Oremos para que la paz de Cristo disuelva la violencia que habita en nuestros corazones y que ha crucificado a Nuestro Señor. Dorothy Day afirmó que “la gran batalla es contra la violencia más que contra el ateísmo”. Ella dijo: “Los cristianos, cuando intentan defender su fe con armas, con fuerza y con violencia, son como aquellos que le dijeron a Nuestro Señor: 'Baja de la cruz'. Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo”.

El Cuerpo de Cristo está desfigurado por sitios web venenosos, llenos de acusaciones crueles, caricaturas y odio. Cualquiera que ejerza alguna forma de liderazgo en la Iglesia lo habrá experimentado. Nuestro mundo violento priva a muchas personas incluso del aliento de vida. “No puedo respirar” fueron las últimas palabras de un afroamericano, Eric Garner, repetidas once veces y grabadas en los teléfonos móviles de los transeúntes mientras era asfixiado por la policía en Staten Island, Nueva York, hace diez años. Démonos el aliento, el oxígeno del debate.

Algunos dogmas de nuestro tiempo son realmente habitaciones cerradas y sofocantes sin oxígeno: el relativismo, toda clase de fundamentalismos, el materialismo, el nacionalismo, el científicismo, el fundamentalismo religioso. Bloquean a las personas en pequeñas imaginaciones aterradoras.

¿Cómo invitar a los hombres de nuestro tiempo a entrar en el espacio amplio de nuestra fe? ¿Cómo podemos, por ejemplo, tocar su imaginación con la gloriosa doctrina de la Trinidad, la enseñanza más concreta y práctica que existe? Para ello necesitamos la ayuda de los teólogos. Incluso los teólogos a veces se refugian en las habitaciones cerradas del mundo académico por temor a dialogar con el pueblo de Dios. La buena teología abre las puertas de las habitaciones sofocantes. Abraza nuevas formas de hablar, nuevos lenguajes. Una Iglesia sinodal en misión se atreve a enseñar con valentía y humildad.

Nota: Texto traducido del italiano y títulos míos (MJ)